

Un lugar
en donde la
TRADUCCIÓN
es rock y el
TRADUCTOR
un rockstar

REVISTA FEA INTERNACIONAL / DOCUMENTACIÓN DE ARCHIVO, FANZINE
(TINTA SOBRE PAPEL), MEDIDAS VARIABLES / 2015-2017 / ESCALA DE GRISES

◆ EFRÉN ORDÓÑEZ



Foolish are the leaders who build walls around their countries, thinking they can keep the desired in and the feared out; doomed to fail are those who try to police or purify a language. Wherever totalitarianism or censorship takes hold, it is the role of the translator to find the way up and over the wall.
 Lauren Elkin en el prólogo del libro *Translation as Transhumance* de Mireille Gansel (Feminist Press, 2017).

Imaginemos a un alfeñique tongoneando su cuerpo envuelto en licra, en piel, en mascaradas de seda o en una franela a cuadros y unos jeans desgastados. Enfrente: varios miles de locos celebrándole todo. Pagaron por verla o verlo, porque confiaron en su capacidad de espectáculo, incluso sin saber qué pasaría. Es ídolo. La figura del *rockstar* siempre ha sido motivo de aplauso y veneración y, si bien este humano con la etiqueta de estrella siempre ha sido la cabeza de alguna banda de música, el concepto ha ido transformándose y ahora llamamos así a toda persona expuesta y con ínfulas de divo o diva, alguien *larger than life*, dueño de una amplia base de seguidores que podría ser una estrella de cine o tele, cineasta, deportista y, en algunos casos, escritor o escritora. También, triste historia, ahora los *youtubers* se pasean por el ciberespacio (y por las calles) con aires jaggerianos. Y a estos seres –todos los anteriores– los “hacemos” nosotros. Sabemos que han existido escritores *rockstars* desde hace muchísimos años, en su propio tiempo, y también los hay “malditos” que fueron celebrados a destiempo y se han vuelto motivo de camisetas, memes, pósteres y peluches.

Son tiempos de messis y cristianos, de katyperries y ladygagas, jenniferlawrences y chadwickbosemans, y de escritores famosísimos según su círculo, comercial o literario. Por supuesto, mientras los más comerciales que casi nunca son de México reúnen a cientos y miles de personas en las ferias, los más literarios reúnen un puñado de treinta o cuarenta personas, a su nicho. Cada uno en su nivel. Estos autores nórdicos, estadounidenses, asiáticos... no podrían convertirse en estrellas mundiales si no tuvieran a uno o varios

EL TRADUCTOR PODRÍA TERGIVERSAR, EMPEORAR O MEJORAR EL TOTAL DE UNA OBRA. EN POCAS PALABRAS: ES OTRO AUTOR A QUIEN NADIE APLAUDE.

“embajadores”, no serían reconocidos si no se llevaran sus obras lejos de sus fronteras. El embajador es, por supuesto, su traductor. Esta persona se encarga de volcar palabras, oraciones (o versos) e historias completas a un idioma destino, cuyos lectores casi siempre desconocen no solo la lengua original, sino sus costumbres y el contexto de la obra. Queda claro que es una responsabilidad abrumadora, porque el traductor es capaz de alterar a placer, si así lo desea, humor, ritmo y estilo del autor. El traductor podría tergiversar, empeorar o mejorar el total de una obra. En pocas palabras: es otro autor a quien nadie aplaude.

UN TRADUCTOR NO ES OTRO TRADUCTOR NO ES OTRO TRADUCTOR

Hace poco me preguntaron qué significaba para mí la traducción. Así, en general, no su definición, sino algo más allá, algo así como decir de qué trata. Lo primero que me vino a la mente fue: se trata de tomar decisiones. Al llevar una obra a un idioma destino, el traductor decide el camino que tomará, y ese camino nunca será el mismo para dos traductores diferentes. Esto porque, claro, es imposible llegar a una verdad absoluta de la traducción. No hay una forma correcta. De hecho, Borges decía que de cualquier texto podrían producirse traducciones ilimitadas y cada traductor mejorar a su manera el original y hallarle nuevas cualidades. Algo así dijo el traductor, también

argentino, Jorge Fondebrider: “Lo que se traduce son también idiosincrasias, maneras de percibir el mundo, de pensarlo. Y, dado que cada texto reclama para sí un determinado modo de escritura, a veces se reescribe, a veces se transcribe, a veces se interpreta. No existe un único modo de encarar el trabajo”. Cada traductor es un creador.

De ahí, existe aquel que traduce de forma más literal y luego de las traducciones libres, demasiado libres, como las del mismo Borges o incluso Alfonso Reyes, quizá hasta Nabokov, que se refería a la traducción como “el arte de la transmigración verbal”. Todos transforman el texto. Se convierte en una nueva creación. Por eso, Borges dirigió varias críticas a los lectores que leían, según ellos, al autor extranjero y no a la “obra en traducción”, pues para él era un error pensar que se lee solo al autor, porque en realidad, decía, la experiencia estética se produce en conjunto: autor-traductor. Por supuesto, cada pareja será responsable de una obra diferente. Incluso si al autor lo traducen dos traductores distintos. Cabría pensar en una canción cantada en solitario y luego la misma en un dueto.

Por eso es importante un traductor que haga buena pareja, no con el autor, sino con la obra como tal. Es importante tomar en cuenta su figura. Si no pensáramos así, cualquier persona que hable español y mastique otra lengua podría traernos libros importantes de cualquier lugar del mundo y su labor se limitaría a la de un picateclas, la de un Google Translate de carne y hueso. Por eso, la diferencia entre el trabajo de un traductor y otro se vuelve vital, porque no es lo mismo una traducción española, nivel Anagrama (de las que todos se quejan) y una más... artesanal. No es lo mismo una traducción del argentino Marcelo Cohen que la de un Godínez que trabaje bajo sueldo en una casa editorial trasnacional; no es lo mismo un traductor español ajeno al contexto estadounidense y que pasa por alto o ni se entera de los chistes en un segundo nivel, que uno mexicano que convive con la cultura gringa mucho más de cerca. Como tampoco será lo mismo uno mexicano que nunca haya puesto pie en Europa con uno español que viva a unas horas de Francia. Volvemos a Fondebrider: el traductor a veces interpreta. El traductor se distingue por su trabajo y, por ende, se singulariza. Puede destacar.

Pero también y de nuevo: quien traduce, crea. Según la traductora iraní Shohreh Laici, en una reseña que escribió para la revista *The Quarterly Conversation*: Del trabajo como traductora literaria he aprendido que la traducción es una suerte de arte que exige creatividad, valor y crueldad. Para traducir bien, uno debe ser cruel en cuanto a que hay que “matar” al idioma original en la mente, creativa en cuanto a que es necesario recrear el trabajo de otro en otro idioma y valiente porque hay que hallar un estilo propio de escritura en el proceso.¹

EN MÉXICO

En México siempre hemos leído autores extranjeros. La lectura de textos traducidos, ya sea de obras literarias o de libros superventas, siempre ha sido algo que damos por sentado. Asumimos libros extranjeros en nuestras librerías. Las ferias se llenan de autores extranjeros que viajan por el mundo y más de uno saca el pecho con los aplausos por obras que ellos no han leído (la traducción) y no saben qué les ha dicho el traductor en su nombre. Es decir, podría haberse escrito algo completamente diferente a su original y ellos ni en cuenta. En fin, a la gente tampoco le importa, pues ellos solo tienen aplausos para una estrella.

Se leen muchísimas obras literarias sin reparar en la figura del traductor, sin cuestionar qué tanto cambió del original, qué tanto hizo suyo, más allá de alguna palabra que podamos detectar o de los españolismos (tema aparte) que salten a la vista. Pero, incluso con eso, con la consciencia de leer una traducción, el nombre o la persona del traductor pasa desapercibida. Como escribió Guillermo Núñez en un brevísimo texto para *La Tempestad*: “La traducción literaria es una tarea tan ardua como fantasmagórica: está allí, en el entorno literario, con su fulgor propio, pero al mismo tiempo nadie parece reparar en ella con la seriedad que merece”.

... *fantasmagórica. Nadie parece reparar en ella con la seriedad que merece.* Es cierto. Claro que, quien

¹ “Working as a literary translator taught me that translation is a kind of art –an art that requires creativity, courage, and cruelty. To translate well, you must be cruel enough to kill the original language in your mind, you must be creative enough to recreate someone else’s work in another language, and you must be courageous enough to find your own writing style in the process.” (Reseña de la novela *Moon Brow*, de Shahriar Mandanipour, publicada en el número 56 de *TQC*).

EL TRABAJO DEL TRADUCTOR ES BUENO CUANDO ESTE NO SE SIENTE EN LA PÁGINA, CUANDO EL TEXTO TRADUCIDO SE LEE COMO SI NO ESTUVIERA AHÍ (COMO SI SE SINTIERA QUE SE LEE UN TEXTO ORIGINAL, COMO SI SE CREYERA QUE SE LEE AL AUTOR)

sea un lector experto o escritor de oficio dirá que es falso, que ha leído y releído las traducciones de Sergio Pitol, las de Octavio Paz y las de, quizá, Juan Villoro. Algunos hablarán de César Aira. Obvio, todos escritores primero, traductores después. No es que se haga menos a la figura del traductor, es solo que salvo esas y otras excepciones (por su condición de autores), el traductor no funciona como atractivo ni, aquí lo extraño, herramienta de venta, porque, si volvemos a los lectores que critica Borges, creen que leen solo al autor. Pero el estado y las condiciones de la traducción dan para otro texto que pronto escribiré.

Javier Calvo, traductor de David Foster Wallace, Zadie Smith, entre otros, en su libro necesario y en ocasiones desgarrador *El fantasma en el libro* (Seix-Barral, 2016), desaparece y reivindica a la figura del traductor. Por un lado, habla –y tiene razón– de que el trabajo del traductor es bueno cuando este no se siente en la página, cuando el texto traducido se lee como si no estuviera ahí (como si se sintiera que se lee un texto original, como si se creyera que se lee al autor), aunque para muchos de sus colegas, dice: “...hace tiempo que la inclusión del nombre del traductor en la portada de las obras literarias traducidas es un caballo de batalla”. Entonces, sí a la portada, pero no a su presencia en las páginas. No sé. Dice Calvo que, si le preguntas a cualquier apasionado de la literatura (en español, se entiende) por el nombre de tres traductores, nadie podría nombrar ni a dos. Lleva mucha razón.

UN ROCKSTAR DE LAS LETRAS

Si nos alejamos de los escritores más literarios (tema aparte) y pensamos en autores híbridos que muevan a miles y vendan millones de ejemplares, el nombre que vale es el de Haruki Murakami. El escritor japonés, por su personalidad, sus tantos libros y la cantidad de lectores que ha generado podría etiquetarse como un *rockstar* de la literatura. Sin embargo, queda preguntarse cuántos de sus lectores en español conocen a quien lo traduce a nuestro idioma y si se preguntarán de sus libros, cuánto se pierde, se gana o cambia en la versión traducida. Sobre eso se ha escrito, pero el típico murakamito no suele ser un lector de revistas o *journals* literarios de universidades reconocidas como para meterse en esos temas. En la página electrónica de la editorial Planeta no aparece por ningún lado el nombre de Lourdes Porta o de Gabriel Álvarez, sus principales traductores a este idioma. A ellos sí que los desaparecen. Si nos quedamos con lo que dijo Borges, algo de importancia tendrán. Pero la gente ni los conoce, ni los reconoce. Y claro, hay un abismo entre las editoriales que buscan incluir el nombre del traductor en la portada, estadounidenses casi todas, y esta, que los esconde, pareciera que a propósito. De nuevo, en México, en el mundo de habla hispana, los damos por sentado.

EL FENÓMENO ESTADOUNIDENSE: EL TRADUCTOR COMO ROCKSTAR

Desde hace varios años un número ronda sobre la cabeza del mundo editorial estadounidense: 3%. De su producción editorial nacional, alrededor de ese número de libros es literatura traducida, y todo lo demás es consumo local, británico o de algún otro país. Las décimas han ido subiendo con los años, eso sí. Pero son eso todavía: décimas. De hecho, existe un libro magnífico, descargable, *The Three Percent Problem: Rants and Responses on Publishing and the Future of Reading*,² de Chad Post, el editor de Open Letter, editorial especializada en traducción. El libro, si bien publicado hace diez años, en 2008, muestra números de publicaciones en Estados Unidos en comparación con otros países y varios textos de otros autores parte

2 El problema del tres por ciento: despotriques y respuestas sobre el mundo editorial y el futuro de la lectura.

del blog del mismo nombre. Para su país, la traducción literaria es un descubrimiento en plena era digital, así que la manera de abordarla es completamente opuesta, lejos de la indiferencia.

Ahora, antes de empalar a nuestros vecinos yanquis, vale decir que, en un país tan rico, con tanta producción de todo, infinitas universidades de primer nivel, cientos de programas *MFA in Creative Writing* y doctorados en escritura creativa, un lugar en donde la escritura es completamente profesional con sindicatos y sueldos fijos que, si bien todavía bajos según sus estándares, permiten más o menos vivir de la escritura, podemos hablar de un país que ha sido autosuficiente más que indiferente (aunque siempre algo habrá de eso). Claro, podríamos seguir con la tónica del antigringuismo y decir que es porque no les interesa la cultura ajena (en parte es cierto, solo en parte), pero no nos olvidemos del *melting pot* gringo, es decir, el país produce muchísimos textos de autores con ascendencias varias que escriben sobre sus culturas, pero lo hacen en inglés, desde las ciudades que los reciben, a veces acogidos por universidades, así que no son en realidad textos traducidos, pero sí que hablan de culturas extranjeras. Aquí pienso en los libros de Teju Cole.

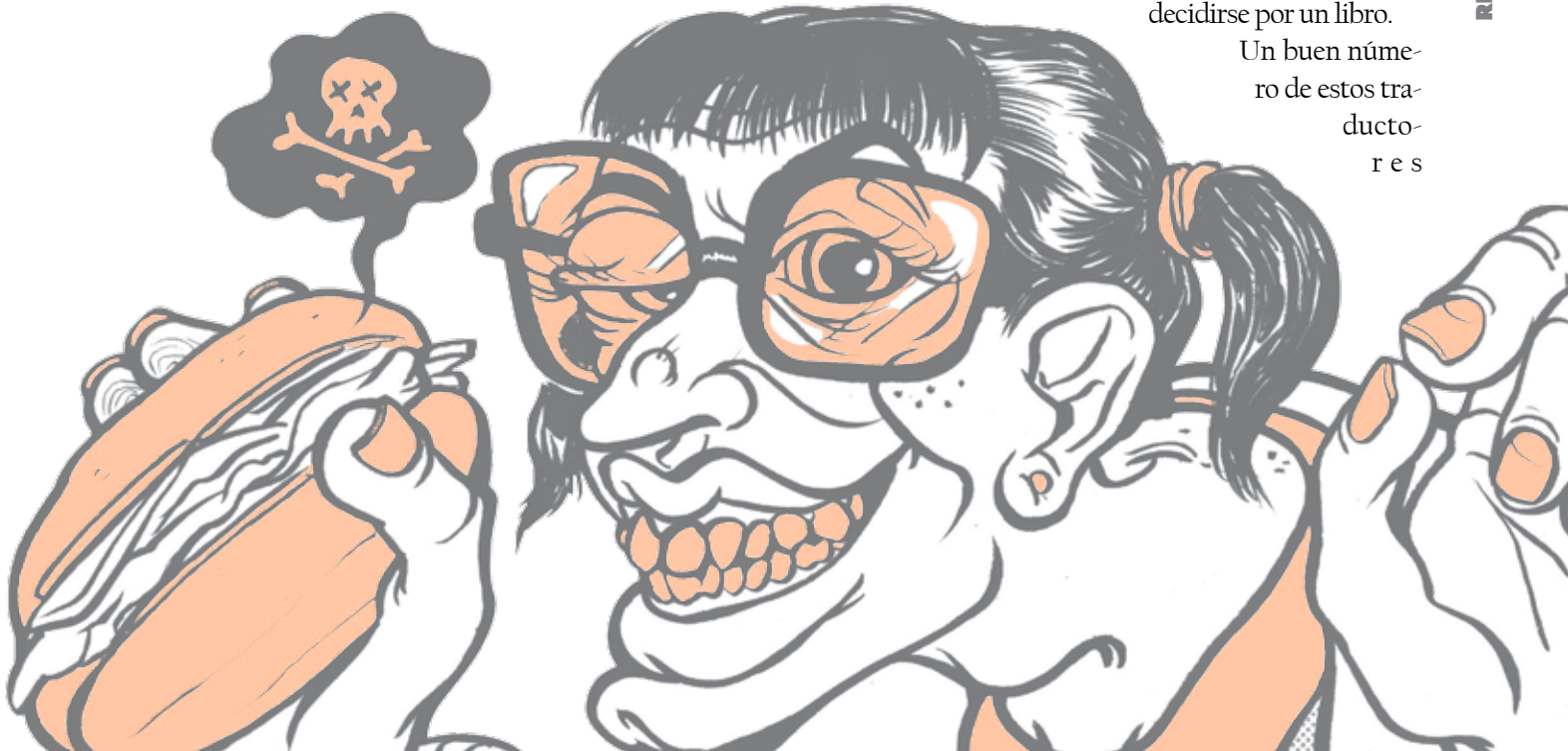
Quizá eso les había bastado. Pero no más. Según Mark Haber, autor y jurado tres años seguidos del BTBA (Best Translated Book Award), el premio más prestigioso y conocido en EU, dos factores han influido para el furor por la traducción en su país. El primero, el *splash* de la obra

de Roberto Bolaño –con las traducciones de Natasha Wiemer vuelta *rockstar* por su trabajo con él– y el entramado mercadológico detrás de su figura, del mito *Bolano* (imaginémoslo pronunciado en inglés), que dejó a todos con ganas de leer a la miríada de autores con los que el chileno espolvorea sus libros. Eso y algo tan sencillo como la enajenación con Netflix y la apertura al consumo de otras culturas.

Con eso y más factores, editoriales como Open Letter, Deep Vellum, Transit Books, Two Lines Press entre otras, además del trabajo de promoción de literatura traducida, han sido necesarias para crecer y establecer la figura protagónica del traductor allá, pues todos son responsables no solo de traducir bajo pedido, sino de leer la obra de autores en sus lenguas originales y proponerlos a las editoriales estadounidenses que los acogen con bastante entusiasmo, la verdad.

Por eso, los nombres casi siempre van juntos, como dijo Borges, pues es la coautoría de una obra: Yuri Herrera junto con Lisa Dillman, Rodrigo Fresán con el del recién llegado Will Vanderhyden, Laia Jufresa con Sophie Hugues, Sergio Chejfec y Heather Cleary, Santiago Gamboa y Howard Curtis, Anne Garréta con Emma Ramadan, Daniel Saldaña París y Christina MacSweeney, Javier Marias y Margaret Jull Costa. A todos ellos los conocen, a todos ellos los incluyen en la conversación cuando se habla de los autores. Prácticamente todos aparecen en la portada. Ese *Translated by* que es importantísimo y para muchísimos lectores necesario al momento de decidirse por un libro.

Un buen número de estos traductores



ESTE AÑO, EL NATIONAL BOOK AWARD OTORGARÁ POR PRIMERA VEZ UN PREMIO A TRADUCCIÓN. ESO, SUMADO A LOS YA DE POR SÍ VARIOS PREMIOS QUE SE DAN EN ESTADOS UNIDOS, ES UN ESCENARIO MÁS GRANDE PARA LOS TRADUCTORES, QUE YA VAN TENIENDO OPORTUNIDAD DE ENCABEZAR SUS PROPIOS CONCIERTOS.

van construyendo una base de seguidores en redes sociales y sus nombres son casi tan conocidos como los de los mismos escritores, en gran parte porque se ha logrado o, más bien, las editoriales les han ido dando espacio en las portadas, una batalla que se ha librado desde hace muchísimo tiempo y que, aunque ahora se ha ganado (al menos en parte, en Estados Unidos porque en México todavía no), Seagull Books, editorial con sede en Londres y Bombay lo ha hecho desde 1982.

Ahora, no es que los fanáticos se les apilen por miles a los traductores, pero quienes los siguen es porque reconocen sus nombres como traductores, como coautores. El seguimiento es algo así como un agradecimiento o un reconocimiento de los lectores al trabajo de ellos, pues saben que la obra que han leído es trabajo del uno y del otro. Está quien la escribió, y quien la tradujo e hizo posible. De hecho, muchos de ellos mejoran sustancialmente la obra.

En el más reciente premio Best Translated Book Award, que ganaron Rodrigo Fresán y Will Vanderhyden por *The Invented Part* (*La parte inventada* es de Fresán, este es de Will) uno de los finalistas fue la novela *Return to the Dark Valley* de Santiago Gamboa y Howard Curtis. Antes de que fuera finalista, leí el libro en español, *Volver al oscuro valle* y luego leí la traducción. La segunda me pareció sobresaliente y la disfruté más que el original. Meses después la vi como finalista y entendí muchísimas cosas.

Y, gracias a los traductores es que muchos autores que escriben en otras lenguas generan lectores. Los lectores confían en el o la traductora para echarse un clavado a leer a un autor desconocido. Eso ya es casi la cima del reconocimiento, del aplauso, del *rockstarismo*.

Por eso existe el interés por sus figuras, que es también un agradecimiento por ser los encargados de llevarles, a los lectores, autores antes desconocidos en el mercado estadounidense. Incluso se venden libros sobre traducción que interesan a sorprendente número de lectores, como

This Little Art, de Kate Briggs, editado por la maravillosa Fitzcarraldo, o el que cité al principio, *Translation as Transhumanance*, de Mireille Gansel, editado por Feminist Press. La diferencia es que no son libros académicos, tampoco de nicho, sino que se centran en la anécdota, en la vida del traductor y en su trabajo, contado, narrado para un público más amplio.

Quizá exageré desde un inicio con llamarlos estrellas de rock, pero, aunque no lleguen a la dimensión de *rockstars*, autores, libreros y académicos en Estados Unidos, hablan de la labor de los traductores casi como si hablaran de la obra misma. La curiosidad y el reconocimiento de la obra de los traductores es bastante grata. Es y debería ser ejemplo para las editoriales latinas que publican traducciones.

Por último, el interés no se queda en los libros, sino que abundan las entrevistas y perfiles de traductores en la red, sobre todo en revistas electrónicas como *The Quarterly Conversation* y *Conversational Reading*, ambas de Veronica Scott Esposito, o *The Millions*, *Lit Hub*, *Electric Literature*, el blog de Ploughshares, por nombrar solo algunas. De hecho, TQC este año está publicando una serie, *A year in the life of a Translator*, de la traductora Emma Ramadan, que además aparecerá en español pronto. El furor es tal, que este año, el National Book Award otorgará por primera vez un premio a traducción. Eso, sumado a los ya de por sí varios premios que se dan en Estados Unidos, es un escenario más grande para los traductores, que ya van teniendo oportunidad de encabezar sus propios conciertos.

Sería bueno tomar este texto como un punto de partida para hablar de traducción, un poco de los más viejos, sí, pero para hablar del presente y del futuro de la traducción, para comenzar a hablar de las estrellas que nacen, para alejar la traducción de España, para sacar a la traducción de los círculos académicos y llevarla al *mainstream* de lectura. Para aplaudirles un poco a sus figuras. Después de todo, como dice la gran Lauren Elkin, es quien traduce el valiente que brinca el muro. ●